

Completándose la bibliografía con las dos obras de este último, que completan la polémica, incluyendo la segunda textos del propio Santander:

- *Los famosos traidores refugiados en Francia, convencidos de sus crímenes; y justificación del Real Decreto de 30 de mayo*, por F(ray) M(anuel) M(artínez), M(ercedario) C(alzado). Madrid, 1814.
- *Nuevos documentos para continuar la historia de algunos famosos traydores refugiados en Francia. Respuesta de Fr. Manuel Martínez, Mercedario Calzado, a la carta que desde Montpellier le escribió el Ilmo. Sr. Santander, Obispo auxiliar de Zaragoza, y el apéndice a la representación que D. Francisco Amorós, soi-disant Consejero de Estado español, dirige a S. M. el Rey D. Fernando VII.* Madrid, 1815.

Entre el conjunto de obras de Santander que acabamos de enumerar, las de mayor relieve son las *Apuntaciones*, como relato de sus idas y venidas polémicas como afrancesado, y los opúsculos y cartas de 1805, para entrever la posible actitud en los años 90 hacia los sucesos de Francia. También son útiles a estos efectos algunos de sus *Sermones panegíricos*, cuya edición va además acompañada de dos interesantes exhortaciones a sus paisanos montañeses: una, instándoles a constituir y formalizar una sociedad económica, y otra, posterior, a defenderse de la invasión del ejército convencional.

Porque las dos épocas críticas de la vida de fray Miguel de Santander, como denuncian los hechos escuetos, son la de su afrancesamiento y la de la Revolución. Invertimos el orden cronológico para su estudio, al explicarse mejor esta última en función de la primera.

El afrancesamiento de fray Miguel de Santander dio, ciertamente, mucho que hablar a sus contemporáneos y bastante menos a los historiadores, conforme se iba apagando el eco de su actitud y el recuerdo de su fama como misionero. Todavía se ocupa tangencialmente de él Menéndez Pelayo; Miguel Artola incluye las *Apuntaciones* en la bibliografía que sigue a su estudio *Los afrancesados*, y Hans Juretschke le cita en alguna ocasión, dando cuenta de sus nombramientos en 1810 y de su debilidad de carácter en *Los afrancesados en la guerra de la Independencia*.

En cambio, la lectura de los textos de la época denota la sorpresa de sus contemporáneos por la deserción de Santander de las filas del clero nacionalista y antifrancés. No hay duda de que Santander, evitando primero tomar partido claramente, jugó con oportunismo la carta de entrar en Zaragoza cuando acaba de ser conquistada por

el ejército francés, y puede suponerse que la guerra se inclina decididamente de su lado. Como obispo auxiliar, predica el cumplimiento estricto de la capitulación, y recibe, como decíamos, el juramento de fidelidad de las autoridades al rey José. La reacción no se hace esperar, y proviene de su misma Orden: desde Valencia, el también capuchino Pablo de Callosa escribe una primera crítica de su vinculación política con los invasores. «Habiendo sido el P. Santander un religioso edificante», lamenta el definidor (2), que «toda esta virtuosa conducta en ambas esferas se haya mancillado quedándose entre los franceses después de conquistada Zaragoza», y, especialmente, al predicar sermones en que se elogia a Napoleón y solicita la obediencia al monarca intruso.

No transcurren tampoco muchos meses sin que, en el mismo curso de 1809, le replique Santander con una *Apología de su conducta pública*. En ella se esfuerza el afrancesado por atribuir al azar su ida a Zaragoza, pero no por eso deja de describir con negras tintas el desorden que en el año anterior siguió al levantamiento popular:

«Durante aquella época tenebrosa —advierte a Callosa (3)— cundía el desorden por los pueblos y se cometían impunemente las mayores atrocidades. Todos se metían a mandar, nadie se sujetaba a obedecer; y con el especioso título de defender la patria, se denostaba y robaba a los hacendados, se arrancaba de los brazos de sus padres y esposas a la juventud.»

En este «tiempo de anarquía horrible», cualquiera que intentase manifestar opiniones adversas a las comúnmente aceptadas, recibía por su franqueza el apelativo de afrancesado, quedando bajo la amenaza de «los más duros tratamientos». No obstante, cuando habla de los franceses se cuida de denominarles «nuestros enemigos», aunque quede fuera de dudas su victoria militar. Su paso a Zaragoza es justificado por no ser sino el traslado de un lugar ocupado (Alcañiz) a otro, y el desempeño en él de sus obligaciones como prelado no puede estimarse obra de traidor. «Tenga usted bien presente esta verdad —concluye (4)—, para que guarde el dictado de traidor con que me favorece, para sí mismo y sus valencianos, luego que les llegue su turno de ver rendida Valencia.» Como en 1793, tampoco ahora San-

(2) En *Apuntaciones para la apología formal de la conducta religiosa y política del ilustrísimo señor fray Miguel Sudrez de Santander*; s. l., 1817, página 180.

(3) FRAY MIGUEL DE SANTANDER: «Apología que de su conducta pública escribió el obispo auxiliar de Zaragoza en el año 1809, defendiéndose de las calumnias contenidas en un escrito que le dirigió el reverendo padre definidor fray Pablo de Callosa, del Orden de Capuchinos de la provincia de Valencia», en *Apuntaciones*, p. 194.

(4) *Ibidem*, p. 197.

tander duda de que el éxito de las armas se inclinará del lado francés. Su labor se ha ceñido a dar culto a Dios en Zaragoza de la mejor manera «sin que obste a esto la presencia de nuestros enemigos, ni su concurrencia personal».

La adhesión política queda explicada, en cualquier caso por el argumento tradicional en el grupo afrancesado: la renuncia de la familia reinante a ejercer sus derechos en favor de Napoleón. ¿Por qué aferrarse a unos gobernantes que nada han hecho por ganarse la fidelidad del pueblo? Aparece aquí la idea central en la *Carta*, del desorden y abuso de poder con los últimos Borbones y, concretamente, bajo Godoy. De suerte que algunos párrafos de la apología pasan a constituir las pruebas fundamentales para considerarle autor de aquélla. Santander escribe en 1809:

«Veinte años había que aguantaba la pobre España todos los desórdenes que son consiguientes a un gobierno inepto y arbitrario. Sus tranquilos habitantes seguían con disgusto, pero callados, el rumbo o el derrumbadero por donde quería llevarles un Guardia de Corps entronizado.»

para continuar:

«Lo que parece inconcebible es el aguante y silencio permanente del pueblo oprimido. Todos veían la nación al borde de un precipicio, todos sufrían y todos callaban. Gracias a Dios el P. Santander no calló, y tal vez fue el único que por aquel tiempo osó rebatir en una alocución impresa y dirigida a los montañeses y vizcaínos, la célebre proclama *Valerosos españoles*, haciendo ver la absurda idea de persuadirlos que los franceses volverían las espaldas en la presencia de nuestro cadavérico ejército» (5).

Entre la anarquía que le presentaban las zonas rurales sublevadas y el recuerdo del despotismo, la elección por el bando afrancesado era en Miguel de Santander del todo coherente. Sólo de él podía esperar una racionalización de la sociedad y la política españolas apoyada en un constante mantenimiento del orden y las jerarquías establecidas. Como veremos a través de sus opúsculos, el afrancesamiento cultural de Santander era notable, y si en la *Carta* nos muestra su aprobación al planteamiento de los revolucionarios franceses y en varios sermones hay una fuerte y tópica crítica de la Francia jacobina, una nota colocada en la edición posterior de la exhortación a los montañeses precisa plenamente su actitud. «Cuando se hizo esta exhortación—hace notar Santander— aún no había conseguido la Francia suficiente autoridad para contener los desórdenes que trae

(5) *Ibidem*, pp. 183 y 184.

consigno una revolución» (6). Conseguida la reordenación del proceso revolucionario, éste es plenamente aceptado por Miguel de Santander. Su alineación con las fuerzas bonapartistas en 1809, como en sentido inverso la del clero reaccionario, estaba fijada de antemano.

La recompensa momentánea fue el obispado de Huesca, cuya toma de posesión por Santander será en adelante calurosamente debatida. De acuerdo con sus propias afirmaciones, nada hubo de singular en ella; según su apasionado crítico, el mercedario Manuel Martínez, Santander, nombrado por José Bonaparte, solamente pudo tomar posesión al amparo de las armas francesas y contra la voluntad del Cabildo. Hacia esta segunda interpretación escoran los resultados obtenidos de pasar revista a las actas del Cabildo catedralicio por un historiador local anónimo de los primeros años de nuestro siglo. De acuerdo con las actas capitulares, parece que el 8 de enero de 1810 fue anunciado por el general Suchet el nombramiento de Santander como obispo oscense para, de forma significativa, enviar a la cárcel al día siguiente al vicario capitular, don Lorenzo López. Tienen de nuevo lugar el 3 de febrero fuertes discusiones entre el Cabildo y Santander, al proponer aquél que gobierne el nuevo obispo en su nombre mientras no reciba la confirmación eclesiástica de su nombramiento, escudándose el capuchino en las autoridades francesas y tomando definitivamente posesión dos semanas más tarde. La retirada del ejército bonapartista, en el verano de 1813, cerraría el problema (7). Al menos en su aspecto religioso, porque a escala personal Santander quedaba expuesto, no sólo al destierro, sino a la pluma de los enemigos de la acción afrancesada. El mes de mayo de 1814, poco propicio para los protagonistas de la Constitución liberal, tampoco lo sería para los seguidores del rey José. Las apologías y adhesiones esbozadas por éstos tendrán por eco el decreto condenatorio de 30 de mayo, adverso a su repatriación, y las acusaciones más duras por parte de los corifeos del nuevo orden político. Este es el caso del mercedario fray Manuel Martínez, profesor en la Universidad de Valladolid y protagonista de una intensa actividad en el período bélico, que le lleva de oscilar entre las filas liberales y el bando servil para, finalmente, resultar un devoto apologista de la política represiva de Fernando VII, con un folleto encaminado, sin duda, como insinuaron sus adversarios, a borrar los lunares de un pasado liberal por él mismo reconocido: *Los famosos traidores refugiados en Francia*,

(6) En *Sermones panegíricos de varias materias, festividades y santos*, 3.^a ed., páginas 353 n. Madrid, 1814.

(7) M. S.: *El padre Santander y los franceses en Huesca (1810-1813)*. Huesca, 1908.